

## *Mindf\*ck*: Cambridge Analytica La trama para desestabilizar el mundo

Christopher Wylie

Roca Editorial

2020, Barcelona

334 pp.

ISBN: 978-84-18014-24-6



Christopher Wylie saltó a la fama en marzo de 2018 tras revelar al mundo las tácticas de propaganda digital empleadas por Cambridge Analytica para afectar, entre otros procesos electorales, las elecciones presidenciales de EE.UU. de 2016 y el referéndum por el Brexit. Wylie se convirtió rápidamente en una figura mediática por su lucha en el uso de los datos en redes sociales, cual Quijote capaz de poner en jaque a Facebook y por su reconocible apariencia física, caracterizada por su pelo rosa.

Poco tiempo después y con la intención de exponer la versión completa de la historia, Wylie publica *Mindf\*ck: Cambridge Analytica. La trama para desestabilizar el mundo*, obra en la que recoge un sinfín de prácticas de relevancia para entender cómo funciona la desinformación, pero también repleta de historias personales que retratan quiénes están detrás de este negocio.

El libro estructurado en doce capítulos realiza un interesante recorrido autobiográfico que parte de la presentación de su infancia, cuestión de valor para entender cómo el autor termina también por cuestiones personales trabajando en esta compañía, mientras expone a la vez su trayectoria profesional. Su relato es además un recorrido en paralelo por la transformación política y social que hemos vivido en la última década,

caracterizada por la inmediatez y la onnipresencia de las redes sociales. La campaña de Obama para las presidenciales de 2008 será la primera señal de que algo está cambiando. Wylie trabaja entonces en el Parlamento canadiense y el Partido Liberal le envía a Estados Unidos para identificar nuevas estrategias que puedan ser implementadas en Canadá. De su experiencia como voluntario en la campaña de Obama extrae una lección fundamental: el valor de los datos, capitalizados a través del *microtargeting* y de la aplicación de la inteligencia artificial en su interpretación.

Estas operaciones, y como se irá reflejando a lo largo de la obra, tienen relación directa con las técnicas empleadas por ejércitos y gobiernos: “En 2011, la DARPA empezó a financiar la investigación sobre la elaboración de perfiles psicológicos de los usuarios de las redes sociales, la difusión de los mensajes antigubernamentales e incluso el engaño online. Ingenieros de Facebook, Yahoo e IBM participaron en proyectos de investigación financiados por la DARPA, para evaluar cómo se consume y se difunde la información. Tanto el Gobierno ruso como el Gobierno chino también lanzaron sus programas de investigación de redes sociales” (pp. 70-71). La microsegmentación en base a perfiles psicológicos (modelo OCEAN) será el cimiento del patrón que Wylie aplicará junto a su compañero, también investigador, Alexander Kogan, en procesos electorales de

distintos lugares del mundo: desde Trinidad y Tobago hasta Nigeria, Kenya o Ghana.

El conocido como “el primer denunciante millennial” no es un bot, tampoco un troll, por lo que su narración dista de otros trabajos también autobiográficos publicados recientemente como *Confesiones de un Bot Ruso* (2022). Wylie es el cerebro de las operaciones, es el investigador e intelectual que diseña la estrategia persuasiva, que desde su curiosidad personal y antropológica trata de acercarse a quiénes distan de sus posturas personales para terminar finalmente, siendo presa de su propia audacia. Así, el mismo autor reconoce que en los inicios, su trabajo se aplicaba a causas que consideraba que mejorarían el mundo, pero poco a poco, y a medida que Cambridge Analytica va aumentando su poder, tiene menos conocimiento de las aplicaciones del mismo y del origen de los clientes. Esta situación, sumado a sus conflictos con el dueño de la compañía son algunas de las razones que esgrima para exponer su salida, vía renuncia, de la empresa.

Sin embargo, el capítulo de esta historia más apasionante y emblemático será su relación personal y profesional con Steve Bannon, a quién describe como un hombre inteligente y con unas ideas políticas y sociales muy claras: “Bannon odiaba “el gran Gobierno”, pero por motivos personales: veía que el Estado estaba ocupando el papel que había desempeñado siempre la tradición y la cultura (...) A Bannon le parecía que el mundo occidental estaba perdiendo su rumbo al abandonar sus tradiciones culturales a cambio de un consumismo sin sentido y un Estado sin rostro. Para Bannon, estábamos viviendo una guerra cultural” (p. 110). Así, se explotarán las diferencias, “como si se tratase de un conflicto tribal” (p. 117) aumentando las tensiones étnicas del país, analizando rituales, supersticiones, mitologías para como expone el autor “crear el caos en toda la sociedad, para que luego pudiera emerger un nuevo orden” (p. 113).

A lo largo del libro se observa la efectividad de estas tácticas de psicología computacional, basadas fundamentalmente en sesgos cognitivos, que obviamente tienen objetivos políticos pero que en el proceso alimentan tensiones y afectan a movimientos como el feminismo. No obstante, llama también la atención los vínculos empresariales con el poder, como se refleja en las relaciones de la empresa Lukoil con el Gobierno ruso: “En 2015, los servicios de seguridad ucranianos acusaron a Lukoil de financiar la insurgencia prorrusa en Donetsk y Luhansk” (p. 191), recogiendo también campañas de desinformación rusa contra empresas estadounidenses como Starbucks o Nike. Si el lector quiere ahondar en tácticas como el *Kompromat* u otras técnicas de Black PR puede explorar también la obra *How Russia really Works. The informal practices that shaped post-soviet politics and business* de Alena V. Ledeneva que describe numerosos casos y ejemplos que ahora han sido trasladados al ámbito digital.

Finalmente, y casi como quién decide reservar la mejor aportación para el cierre, el epílogo recoge algunas de sus recomendaciones para lidiar institucionalmente con la desinformación. Se pregunta el autor entre otras cuestiones: “¿Por qué los sistemas digitales se pueden publicar sin ningún escrutinio?, ¿por qué deberíamos permitir a las “Big tech” que lleven a cabo experimentos a escala humana, solo para darnos cuenta de que se ha convertido en un problema demasiado grande para manejarlo?” (p. 316). Propone como soluciones (1) construir un código para Internet que permitiría por ejemplo que las plataformas tuvieran que llevar auditorías de posible abuso y pruebas de seguridad antes de sacar un producto; (2) un código ético para los ingenieros de software; (3) categorizar a las tecnológicas como “empresas de servicio público de Internet e interés público” pues está claro que la sociedad las necesita en su día a día y con esto tendrían que someterse a una regulación específica; y (4) establecer una agencia reguladora digital encargada de que se cumpliera el marco regulador digital.

Propuestas sin duda de gran valía y que podrían resultar muy efectivas.

Más allá de la lectura, que resulta realmente interesante y se hace muy llevadera, cabe destacar la valentía del autor pues la cobardía reside en quiénes habiendo obrado mal esconden sus acciones para no ser reconocidos. Wylie da la cara, reconoce sus acciones, denuncia a quién las han aprovechado para enriquecerse, para incrementar su poder y firma esta obra

para dejar un legado de gran valor tanto para la comunicación, como para la política y la propia democracia. Toca, como sociedad, recoger el testigo de dicha valentía para evitar una guerra cultural que destruya los cimientos de lo que hemos conocido hasta el momento como democracia y libertad.

Leticia Rodríguez-Fernández  
Universidad de Cádiz